



*Leyendas  
Medievales*

*César  
García*

## INTRODUCCIÓN.-

Parece obligado que, antes de adentrarnos en la lectura de unos escritos que van precedidos del título que llevan estos romances, hagamos una breve reflexión sobre lo que vienen a decir o lo que pretenden contar, por eso he recurrido a la vieja fórmula de buscar la ilustración en el diccionario, que, para la voz “leyenda” da dos acepciones. Por una parte habla de “*relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos.*” Añadiendo a continuación que también es leyenda la “*composición poética de alguna extensión en que se narra un suceso de esta clase.*”

Ambas definiciones vienen al caso, pues lo que sigue responde a lo que señala el diccionario, tanto en la forma, como en el fondo, es decir que, con base en un suceso histórico o un acontecimiento cualquiera, la fantasía popular va transmitiendo de boca en boca sus peculiaridades hasta transformarlo en una leyenda y si este suceso o acontecimiento se presenta en forma de romance, que no deja de ser una composición poética, tenemos completa la referencia que de la voz “leyenda” da nuestra R.A.E

Por otra parte, se da con cierta frecuencia que un suceso acaecido en una determinada localidad, sea trasladado a otra como si realmente hubiese allí sucedido. De este modo se dan leyendas muy similares en distintas localidades, regiones e incluso países. Este hecho, combinado con el acendrado sentido de la propiedad que solemos tener los humanos en cualquier parte del planeta, hace que cada uno nos creamos poseedores en exclusiva del tal o cual historia y que, por tanto, ha sucedido en nuestro entorno y sólo a nuestro acervo cultural pertenece, tildando de copias, aprovechamiento indebido o de falacias otras versiones de la misma leyenda por otros pagos acaecidas y a lo largo del tiempo narradas.

Pero la tendencia a fantasear sobre hechos reales, dando lugar a las más variopintas versiones de un suceso no es patrimonio de nuestros antecesores; pues, a fecha de hoy ¿No es cierto que existen muchas ciudades por las que deambula un mendigo más o menos peculiar del que se cuentan distintas historias? Cirujano que dejó morir a su propio hijo en una intervención y se desquició... Filósofo eminente que llegó a la conclusión vital del desprecio por las cosas materiales... Ciudadano normal al que le tocó un premio gordísimo en la lotería y posteriormente se arruinó, etc. etc. etc. Todas estas historias sin duda podrían ser calificadas como leyendas urbanas o contemporáneas y en ellas se da el fenómeno señalado de la traslación de unos lugares a otros, cuando no, que también es posible, la invención simultánea.

En todo caso, y volviendo a las leyendas que podríamos calificar de tradicionales (por contraponerlas a las citadas como contemporáneas) es cierto que el encanto de la mayor parte de ellas reside en su transmisión oral y en las deformaciones o nuevas formaciones que se van produciendo con el devenir del tiempo; pero también lo es que la sola transmisión oral ha dado lugar a que muchas se hayan perdido con el paso de los años, de tal manera que se haga necesario un ingente trabajo de búsqueda en la memoria de los más veteranos de cada lugar, que se acuerdan vagamente de historias que les contaron siendo niños, ya que lamentablemente en los tiempos actuales se cuentan muy pocas historias, que han sido sustituidas por el cine y la televisión.

Tres son las formas en las que las leyendas llegan hasta nuestros días, según explica D. José Sendín Blázquez, persona vinculada a la Ciudad de Plasencia como Canónigo de su Catedral durante muchos años.

La primera de ellas es merced a los grandes autores, que han tomado lo en alguna de ellas narrado y lo han inmortalizado en sus obras que han quedado para la posteridad a través del estudio y el conocimiento de muchas gentes. Tal han hecho los Lope de Vega, Cervantes, Calderón, Tirso de Molina, el Duque de Rivas, Espronceda, y ya, más cerca de nosotros García Lorca o Menéndez Pelayo.

En segundo lugar, algunas personas de menos campanillas, pero no de menos mérito que los autores citados, y en todo caso más próximas a los lugares de nacimiento de estas leyendas, se han ocupado de ponerlas por escrito en diversos ensayos, narraciones u obras literarias de toda índole, lo que ha permitido que un contingente importante de leyendas llegue hasta nosotros. Así sucede en Extremadura y más concretamente en la ciudad de Cáceres con el legado de García Plata de Osma, Publio Hurtado, el Conde de Canilleros, Tomás Martín Gil, Valeriano Gutiérrez Macías y el propio José Sendín.

Finalmente, y de ello se han ocupado los ya citados, además de otras muchas personas que permanecerán en el anonimato, otras muchas leyendas han tenido que ser extraídas directamente de los labios de los más ancianos de cada lugar, que las conocen tal como se las han narrado, con más o menos variaciones en función de la imaginación de cada una de las generaciones por las que han discurrido.

En cualquier caso, nuestra región, nuestras ciudades, villas y pueblos, atesoran un pasado rico en historia, pues no en vano han sido habitados por gentes de toda clase, raza, religión y costumbres, lo que ha dado lugar en numerosas ocasiones a enfrentamientos, guerras y conflictos en los que se han

puesto de manifiesto la valentía de unos, la traición de otros, la astucia de aquellos y la estupidez de estos. Todo ello, debidamente aderezado por la imaginación popular ha supuesto que acciones heroicas y lances amorosos de toda clase y condición adornen de forma masiva nuestro acervo cultural con gran cantidad de leyendas o sucedidos de la más variada especie.

A continuación se presenta una colección de leyendas que tienen en común el desarrollarse en una época determinada y teniendo como escenario tierras y villas de Extremadura, al recopilarlas mi ánimo ha sido, más que entretener o divertir, cosa que si se ha logrado bienvenida sea, tratar de generar una inquietud, descubrir una pasión y transmitirla. Que uno de los posibles lectores se interese primero y se entusiasme después con las leyendas extremeñas, habrá colmado todas las aspiraciones de lo que he pretendido al escribirlas.

## **El Cristo de los Milagros**

La Cofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, que fuera fundada en 1464, tenía entre sus fines la asistencia, así material, como espiritual, a los menesterosos y a los reos que no tenían posibilidades de sufragar los gastos de su propio sepelio. Cuando se producían ejecuciones, se formaba una procesión presidida por un hermano encapuchado que portaba una Imagen de Cristo Crucificado bajo cuya intercesión se dispensaba a los condenados el auxilio espiritual que necesitaban.

Cerro de Peña Redonda,  
lugar de ajusticiamiento,  
donde yace el sentimiento  
de que triste muerte ronda  
el patíbulo sangriento.

Lugar tan de negra fama  
que oscurece hasta su cielo.  
Negro fin y negro duelo  
que negro dolor inflama  
tiñendo de sangre el suelo.

Cuenta la historia que un día  
dos muchachos condenados  
hasta el Cerro son llevados  
y allí, por la argolla fría  
del garrote son pasados.

Busca la Justicia muerte  
y aplicarla con sus ritos.  
Mas... Los jóvenes proscritos  
¿Se merecen esa suerte  
Por incurrir en delitos?

Es de antaño tradición  
que un Cristo Crucificado,  
por cofrades transportado,  
presida la ejecución  
en el Cerro malhadado.

Y así es en esta ocasión,  
llega el Cristo de la mano  
de un encapuchado hermano

que inicia la procesión  
hacia el castigo inhumano.

El verdugo ya ha ajustado  
cada tornillo y correa.  
Para que no se le vea  
se trae el rostro tapado.  
La palanca manosea  
y su furtiva mirada  
no se detiene un momento.  
Sus ojos son un lamento,  
una oración angustiada  
llena de arrepentimiento.

Presta está la ejecución,  
y del Cristo con un beso  
se despide cada preso,  
el dolor de la emoción  
en su rostro queda impreso.

Pero en un momento dado,  
cunden miedo y estupor  
porque el gesto del dolor  
de uno y otro condenado  
se vuelve expresión de amor  
al saber que es Cristo mismo  
quien sus cuerpos ha soltado,  
los tornillos han saltado  
y aquel frío y negro abismo  
ante sus pies se ha cerrado.

Al ver burlada la muerte  
han contenido el aliento,  
la emoción de ese momento  
es tan intensa y tan fuerte  
que transmite el sentimiento  
de que un milagro se ha obrado,  
de que el Cristo no consiente  
que ningún niño inconsciente  
así sea condenado  
y por tal se hace presente.

Mas vuelven a ser atados  
y presos en el garrote,

de la justicia el azote  
tiene que ser aplicado  
y que así el mundo lo note.

Y el Cristo se hace sentir  
en su imponente presencia.  
Y cuantas veces la ciencia  
del verdugo en infligir  
a los nudos consistencia  
se va haciendo más patente,  
así el Cristo los desata,  
que la justicia no mata  
si Dios vivo está presente  
y su voluntad acata.

Cuantos en el Cerro son  
así quedan convencidos,  
que los sucesos habidos  
darán más de una ocasión  
para contados y oídos.

Y así viene sucediendo,  
este milagro narrado  
al Cristo nombre ha dejado  
y aún hoy, se sigue viendo  
que este Cristo así nombrado  
hace milagros a quien  
exponiéndole un lamento,  
un gozo o un sufrimiento  
sin esperar ningún bien  
le reza con sentimiento.

**César García González**

Fuente: Archivo documental de la Parroquia de  
Santiago de Cáceres.

## **EL ESCUDO “MALDONADO”**

La tenacidad, unida a la astucia y a la experiencia, puede llegar a conseguir cumplida justicia para reparar agravios sufridos. Determinados hechos pueden alcanzar tal trascendencia que, además de modificar estirpes y blasones, se convierten en tan notables sucesos como para ser narrados y oídos por siempre.

Siendo de avanzada edad,  
pues pasaba de cuarenta,  
fue Don Rodrigo de Aldana  
aquejado por sorpresa  
de algún mal desconocido  
que le arrebató las fuerzas  
y a tal punto le quebrantan  
esas fiebres traicioneras  
que yace en lecho postrado  
varias semanas enteras.  
Ni físicos, ni boticas,  
ni remedios de la ciencia  
aciertan con la raíz  
de los males que le aquejan.  
Con la esperanza perdida  
y con el alma ya presta  
al Juicio Definitivo,  
dan en su casa la nueva  
de que allá, por Cataluña,  
que son muy lejanas tierras,  
hay una hermosa Abadía  
con Virgen muy milagrera,  
llamada de Montserrat,  
que a quien hasta allí se llega  
con fe en peregrinación  
y sus males ante Ella  
en oración le relata,  
puede ir haciéndose cuenta  
de que allí será sanado  
de los males que padezca.  
Y parece que es lo cierto;  
pues de ello se hacen lenguas  
los que han tenido ocasión

de pisar la ermita aquella.  
Y no son sólo beatos  
las gentes que así lo cuentan

Al saberlo, Don Rodrigo  
de una parte considera  
que es escasa la esperanza  
de vida que ya le queda  
y, de otra, que su fe  
en la Virgen es inmensa.  
Así pues, rápidamente  
se dispone que una austera  
equipación de viaje  
se organice y que le tiendan,  
lo más cómodo posible,  
en sencilla parihuela  
tirada por dos corceles  
con la necesaria fuerza.  
Es fácil imaginar  
que tan dilatadas leguas  
hacen muy duro el viaje  
por las tortuosas sendas.  
Mas al fin, todo se acaba  
y en Montserrat se presenta  
en día de Jubileo  
en el que hay Misa de ofrendas.  
De gentes de todas partes  
está la ermita repleta,  
a Don Rodrigo acomodan  
tendido en una litera  
para hacer sus rogativas.  
Y tan poco espacio queda  
que un osado mozalbete  
se encarama a la litera  
de Don Rodrigo y desgarrar  
la ropa con sus espuelas.  
Ante tal atrevimiento,  
si bien con menguada fuerza,  
con suficiente energía  
el de Aldana le golpea  
en el suyo con su pie  
y su conducta le afea:  
- ¡Osado sois, jovencito!

Que así tomáis como vuestra  
esta cama que es de otro  
sin solicitar licencia. -  
- ¡Callad, viejo mutilado! -  
Le dio el joven por respuesta.  
- Y no os las tengáis conmigo,  
ya que soy de estirpe regia  
y no bajo a discutir  
con los de sangre plebeya. -  
Y dicho esto se fue.  
Quedó con la boca abierta  
el Caballero de Aldana;  
pues nunca tamaña ofensa  
tendría por admitida  
sin ajustarle las cuentas,  
así fuera el mismo Rey,  
el que tal cosa dijera.

Fue, quizás, la intervención  
de la Virgen milagrera,  
o fue, quizás, el deseo  
de lavar su fama lesa,  
el caso es que se curó  
y averiguaciones hechas  
diéronle conocimiento  
que el mozo de estirpe regia  
del Rey de Francia era hijo,  
por tal Alteza Heredera  
del Trono de la vecina  
y altiva nación francesa.  
Como los cánones mandan,  
toma el de Aldana la senda  
que le lleva hasta Toledo,  
donde a la sazón se encuentra  
La Corte del Rey Alfonso  
de Castilla y así llega,  
sin dilación solicita  
ser llevado a su presencia  
para narrarle sus cuitas  
y requerir su licencia  
para viajar hasta Francia  
y lavar allí la ofensa  
que por el Delfín del Rey  
en Montserrat se le hiciera.

En la ciudad de Bayona  
duelo a muerte se conierta,  
puesto que llevan razón  
ambas partes consideran,  
que sea Dios el que decida  
el que viva y el que muera.  
En el palenque combaten;  
la juventud y la fuerza  
se las tienen con la astucia  
nacida de la experiencia.  
Tras cruzarse varios golpes  
con los que ambos se tantean,  
Don Rodrigo se percata,  
con su probada agudeza,  
de que el mozo le acomete  
con un furor que le ciega.  
El del Aldana retrocede  
fingiéndose fácil presa,  
el francés larga la espada  
y arremete tras de ella;  
pero entonces, Don Rodrigo  
su propio impulso aprovecha  
y con un golpe certero  
da con el francés en tierra.  
Teniéndolo a su merced,  
una estocada postrera  
está dispuesto a asestar  
y dar fin a la contienda.  
Mas Su Majestad el Rey,  
antes de que tal suceda,  
manda parar el combate  
y solicita clemencia  
por la vida de su hijo.  
Y a cambio, en recompensa  
al extremeño le ofrece  
títulos, honores, tierras,  
cualquier cosa que le pida  
será suya si dispensa  
para su hijo perdón.  
Don Rodrigo se lo piensa,  
tras corta vacilación  
le dice de esta manera:  
- Las ocho flores de lis

que en vuestro escudo campean,  
la gloria de vuestro Trono  
y vuestro honor representan;  
pues de ellas hasta cinco  
han de pasar a mi emblema.  
¡Tenga mi casa más flores  
que Su Majestad Francesa! -  
El Rey no puede negarse,  
esclavo de su promesa,  
con su orgullo malherido  
y con una rabia intensa,  
desmembrando su blasón  
de las flores hace entrega;  
pero dice a Don Rodrigo  
ante semejante ofensa:  
- **¡Je vous les donne,  
bien qu'elles soyent "maldonnès"!** -

Y Don Rodrigo de vuelta  
a sus pagos cacereños  
manda que se labre en piedra  
su nuevo escudo de armas  
con cinco flores francesas.

Cuando el hecho se conoce  
por todas partes se cuenta  
la osadía del de Aldana.  
Y por semejante afrenta  
infligida al Rey francés,  
cuando a él se hace referencia  
en lugar de por su nombre  
le nombran por la sentencia  
que el Rey hizo sobre él  
cuando acabó su querella.  
El del "**MALDONADO**" escudo  
como apodo se cimienta  
y así se gana tal fama  
que luego, su descendencia  
a la postre troca el nombre,  
de llamarse Aldana dejan  
y ya, como **MALDONADO**,  
en la historia cacereña  
este linaje se inscribe  
de aquel hecho en consecuencia.

**César García González**

Fuente: Anónimo popular

### **LA CASA DEL MONO**

La mansión construida a finales del S. XV por el matrimonio formado por Gonzalo de Cáceres y Marina Alonso de los Nidos, debido a una escultura labrada al comienzo del pasamanos de la escalera principal, que representa a un mono encadenado, es conocida popularmente como “La Casa del Mono”.

Con el correr del tiempo, la casa fue habitada por un rico mercader y su bella y joven esposa y, precisamente el mono, es el protagonista de esta leyenda que, como otras muchas, tiene más de una versión y cada uno la cuenta según se la contaron o mejor se ajusta a su imaginación o forma de pensar.

En una bella mansión  
De caprichos rodeada,  
Con toda comodidad  
Y sin faltarle de nada  
Va pasando la existencia  
De la bella Doña Blanca.  
Esposa de un mercader  
Que tantos negocios haya  
Para que su gran fortuna  
Sea por muchos envidiada,  
Cualquiera necesidad  
Que la bella planteara  
Era presto satisfecha  
Por servidumbre aplicada.  
Mas para hacerla feliz  
Todo ello no le basta,  
Que su esposo de viaje  
A cada poco se marcha  
Pues debido a sus quehaceres  
Pasa lejos de la casa  
La mayor parte del año  
Y con tediosas jornadas  
Se va cumpliendo la vida  
De la bella Doña Blanca.  
Y para mayor pesar  
Y frustración más amarga  
La joven y ardiente esposa

No acierta a quedar preñada  
Y su maternal querencia  
No puede así ser saciada.

Un buen día el mercader,  
Tras ausencia prolongada,  
Está de vuelta en la casa  
Y sabedor de la pena  
Que a su bella esposa embarga  
Por no tener descendencia,  
Desde tierras muy lejanas,  
Que se nombran como América  
En el decir de los mapas,  
Un presente le ha traído  
Que venga a dejar colmada  
La inclinación natural  
Que toda mujer reclama.  
Un encantador monito,  
Criatura casi humana,  
De inteligente expresión  
Y de ternura inflamada  
Por la ausencia de su madre  
Se entregó a la bella dama  
Y cual verdadero vástago  
Es recibido en la casa.

Por todos en la mansión  
La felicidad se palpa,  
Incluso llega a aumentar  
Así que los días pasan.  
Cualquiera de los caprichos  
Que antes ella disfrutara  
Son ahora para el mono.  
No se le priva de nada,  
Se le colma de juguetes,  
Una alcoba se le instala,  
Se le dispensan cuidados  
Y con mimo se le trata,  
Para comer se le ofrecen  
Dulces y jugosas viandas  
Y para dormir dispone  
De su propia y tierna cama.  
El monito era feliz  
Y feliz era la dama

Y toda la servidumbre  
Felicidad irradiaba  
Que de la mansión las penas  
Así fueron desterradas.

Nadie podía imaginar  
Que por otra circunstancia  
Pudiese aumentar el gozo  
De que todos disfrutaban  
Y un buen día la noticia  
Por sorpresa sobresalta  
A los que en la casa son,  
Tanto por inesperada,  
Como porque así la dicha  
Quizás su máximo alcanza  
Y es que después de perdida  
Casi toda la esperanza  
Se sabe que la señora  
Ha quedado embarazada.

Pero así como no hay mal  
Que por cien años durara,  
Tampoco por ese tiempo  
La dicha del mono es tanta;  
Pues a poco de nacer  
Criatura tan esperada  
El mono siente que pierde  
El cariño de la dama  
Y la atención que le prestan  
Los criados de la casa.  
El centro del universo  
De tan dichosa morada  
No es el mono, sino el niño,  
y todas las cosas cambian.  
Ve el animal que la madre  
De su pecho lo amamanta  
Y le prodiga caricias  
Que a él nunca prodigara.  
Así, de rencor y celos  
Ve que su pecho se inflama  
Hasta que un odio feroz  
Hacia la criatura humana  
De tal forma lo envilece

Que un día que las criadas  
Al niño pierden de vista  
Cuando a su cuidado se halla,  
Con toda celeridad  
De su cuna lo arrebató  
Y antes que nadie lo evite  
Lo arroja por la ventana.  
Cuando del hecho noticia  
Es llegada a Doña Blanca  
Toda su alegría es llanto,  
Toda su dicha, desgracia  
Su entero ser se consume  
En deseos de venganza;  
Mas el mono, que lo intuye,  
Se esconde por que la dama  
No llegue a ponerle mano  
Y culmine su amenaza.

La madre casi enloquece,  
Desesperación y rabia  
Se suman a su despecho  
Y su dolor no se aplaca.  
Desde la misma impotencia  
Que siente dentro del alma  
Miles y miles de veces  
Maldito al mono declara.  
Y con tal fuerza lo hace  
Que la maldición acaba  
Por hacerse realidad.  
Y en piedra quedó labrada,  
Por toda la eternidad,  
Junto a la puerta de entrada  
Una figura de simio  
Fuertemente encadenada  
Al destino del infante  
Cuya muerte propiciara.

---=0=0=---

Pero como se ha dicho, esta historia tiene más de una versión y quizás con ello tenga algo que ver el hecho de que la ciudad de Cáceres esté asentada sobre un importante punto de energía telúrica y parece ser que el punto concreto donde se concentra su máxima potencia es precisamente la Casa del Mono,

pues en ella se dan las condiciones que, al parecer, son necesarias para ser considerada como lo que se denomina un “Lugar de Poder”, que son: Estar situado sobre una línea telúrica, tener una leyenda y que en él hayan tenido lugar prácticas de magia.

Por ello, la presencia del mono encadenado se ha venido explicando de diferentes formas. Algunas de ellas exponen, además, a qué obedecen las tres gárgolas que adornan la fachada principal de la mansión y que representan a un hombre anciano, a otro joven y a una mujer con una criatura en brazos respectivamente y todas ellas con expresiones de inauditos dolores en sus rostros.

Según esta versión de la leyenda, la mujer no quedó embarazada de su esposo, ya anciano, sino de un apuesto y joven criado. Al regresar el marido de su viaje y comprobar el engaño de su esposa, azuzó al mono para dar muerte al niño, cayendo la maldición sobre todos los implicados en los hechos petrificándolos en las gárgolas y en el pasamanos de la escalera.

Con algunas variaciones se han narrado en ocasiones estos hechos, lo que no ha venido sino a generar aún más confusión en torno a esta inquietante historia. Según algunos, el criado era un joven esclavo de raza negra y su rostro quedó petrificado en un medallón junto al mono en el arranque de la escalera, mientras que otros afirman que fue el propio mono el que poseyó a la señora de la mansión y que ese rostro de facciones simiescas que aparece junto al mono es el hijo de ambos.

Pero veamos la versión de la historia menos conocida y que, según sus defensores, más se aproxima a la verdad de lo que aconteció entre aquellos muros:

En una de las mansiones  
De contrastado abolengo  
Con su mujer y sus hijos  
Vivía un cristiano viejo,  
O al menos eso creían  
Los vecinos del Concejo.  
Una beldad la señora,  
El hijo mayor apuesto,  
Y el menor, de pocos meses,  
Como su madre tan bello.  
Pese a que sus apellidos  
Hablaban de parentescos  
Con familias de prosapia  
Y de acreditados predios,

Aquel rico mercader  
Era un judío converso.  
Que además, con falsedad  
Se declaraba profeso  
De la verdadera Fe  
En Cristo, Dios, Señor Nuestro.  
Y así, en la soledad  
De escondidos aposentos  
Daba en practicar la magia  
Para desvelar secretos  
De cábala y brujería,  
Trasteando con objetos  
Que adquiriría en sus viajes  
Sin importarle su precio.  
Entre otras muchas rarezas  
De animales y de objetos  
Escondía en la mansión  
Un extraño prisionero:  
Un mono que había traído  
De allende mares extensos  
Y practicaba con él  
Para encontrar un proceso  
Que prolongase la vida.  
Y el pobre mono fue el centro  
De las prácticas horribles  
Y de los experimentos  
Que el mercader se traía  
Y de que le hacía objeto.  
Así, le hacía tragar  
Oro molido creyendo  
Que para alcanzar sus fines  
Era el adecuado medio,  
Otras veces le inyectaba  
Unos líquidos infectos  
Que al pobre mono causaban  
Unos dolores tremendos.

Hasta que un día el mono,  
De dolores medio muerto,  
A tal punto enloqueció  
Que su odio, ya sin freno,  
Hacia todos los humanos  
Hizo le atacar primero  
A quien de él se cuidaba

y que era un criado negro,  
La señora y sus dos hijos  
Cuando en sus garras cayeron  
Sufrieron el mismo fin  
De modo más que violento  
Por fin, con el mercader  
Tuvo menos miramientos  
Y quitándole la vida,  
Entre horribles sufrimientos  
También el mono moría  
Terminando su tormento.

Dentro de aquella morada  
Cuando todos fueron muertos  
Y antes de ser conocidos  
Estos terribles sucesos  
Dieron pie a la maldición  
Que afectara a todos ellos  
Convirtiéndolos en piedra  
Cual si fuesen monumentos:  
El mono fue encadenado  
Junto a su criado negro  
En la escalera de entrada  
Como tétrico ornamento  
Y en las gárgolas de fuera  
Se quedaron prisioneros  
El mercader y su hijo,  
El adolescente apuesto,  
Cada uno en una de ellas  
Con atormentados gestos  
Y la madre que en sus brazos  
Sostiene al hijo pequeño  
Quedó convertida en otra  
Con expresión de lamento.

Esta historia que se cuenta  
De magia y encantamientos  
De telúrica energía,  
Maldiciones y lamentos  
Habéis de tener presente  
En los años venideros  
Así que os aproximéis  
A este palacio altanero,  
Que bien os puede afectar

Con su espíritu maléfico  
Y os incite a cometer  
Algún acto traicionero.  
Así que debéis saber  
Que vuestros conocimientos  
Y la fuerza de la tierra  
No debéis utilizar  
Para objetivos arteros,  
Ya que pueden dar lugar  
A terroríficos hechos.

---=0=0=---

### La imagen del Nazareno

Se cuenta que la Imagen del Nazareno de Santiago de los Caballeros adopta distintas expresiones en función del estado de ánimo de quien la contempla. Así, si quien ante ella ora está contento porque algún suceso feliz se ha dado en su existencia, el Nazareno está alegre, incluso sonrío. Si, por el contrario quien ante la Imagen se postra lo hace para pedirle que le ayude en la resolución de algún difícil trance que ante sí tenga, cuando dirige su mirada al Divino Rostro, parece que la expresión de preocupación u honda tristeza del orante se refleje en la Imagen.

Sin duda obedece esta capacidad a la dualidad de sentimientos que experimentó Jesucristo en su Camino del Calvario: ¡Dolor! Inaudito y tremendo dolor, por una parte, y resignación, esperanza y paz, por la seguridad de encontrarse en el camino a la Resurrección y la Vida Eterna, por otra, y que el imaginero supo captar del rostro del anciano pariente que le sirvió de modelo.

Comenzando la centuria  
está de vuelta en la villa  
un aprendiz de escultor  
que había marchado a Sevilla  
para hacerse imaginero  
en taller de nombradía.  
Por un pariente cercano  
su presencia es requerida;  
pues es de avanzada edad  
y unas fiebres padecidas  
tan quebrantado le tienen  
que se teme por su vida.  
Al poco de haber llegado  
a Cáceres el artista,  
los males de su pariente  
a tal punto se agudizan  
que en atenderle se gasta  
su ya parca economía  
y a sus cuartos ponen alas  
entre médico y boticas.  
Pero como las desgracias  
nunca solas son venidas,  
a pesar de los remedios,  
tras dolorosa agonía,  
el anciano entrega el alma  
al extinguirse sus días.

De tal forma impresionó  
a nuestro joven artista  
aquel dolor resignado,  
aquellas manos tan frías,  
aquel rostro contraído  
y aquella mirada limpia  
llena de esperanza y fe  
en gozar de la otra vida,  
que al punto se decidió  
a tallar imagen viva  
que a Cristo representara  
en plena Pasión Divina,  
tomándose por modelo,  
cuando la muerte venía,  
aquella faz resignada,  
pero de dolor transida.  
Y se entregó a su labor  
casi como quien delira.  
Para no perder la imagen  
que en la mente se tenía  
sin darse paz ni reposo  
trabajaba noche y día.  
Y así, en pocas semanas  
ve que su obra culmina.  
Cuando la tiene ante sí  
de hito en hito la mira,  
luego se fija en sus manos,  
pues le parece mentira  
que de ellas haya surgido  
justo lo que pretendía,  
que era aquella la figura  
que en su mente estaba fija,  
que tanto se había soñado  
y que tan bien describía  
los dispares sentimientos  
de aquella Pasión vivida  
por Cristo Vivo hecho Hombre  
y que él reproducía.

De la existencia del Cristo  
se enteraron las vecinas  
y pronto, de boca en boca,  
corrió por toda la villa  
cual de pólvora reguero

la sorprendente noticia:

“Un joven imaginero  
que trabajaba en Sevilla  
ha esculpido un Nazareno”.

La gente que hubo la dicha  
de poderlo contemplar  
se quedaba convencida  
de que estaba ante un milagro;  
pues tal perfección tenía  
aquel expresivo Rostro  
que la influencia divina  
patente era en la mirada  
que la imagen transmitía.

- ¿Y quién es? - Se preguntaban

- ¿Cómo se llama? - Decían.

El ser poco conocido  
mayor misterio añadía.

Al fin, el rumor alcanza  
a la Ilustre Señoría  
del Titular Mayordomo  
de la Real Cofradía  
de Nuestra Señora de la  
Misericordia. Quería  
que le mostrasen la imagen  
que tan revuelta traía  
a toda la vecindad  
de gente buena y sencilla.  
Y así, Tomás de la Huerta,  
que tal nombre se tenía  
aquel joven inspirado  
y tan precoz como artista,  
fue llevado a la presencia  
de su Ilustre Señoría  
y la Junta de Gobierno  
de la Real Cofradía.

Así que vieron al Cristo  
personas tan distinguidas  
se quedaron fascinados  
y con el habla perdida.  
De inmediato se acordó  
la providencia debida  
para que la imagen fuera  
por la Hermandad adquirida,

para que en su patrimonio  
como propia fuese inscrita.  
Y también se decidió  
que la misma Cofradía,  
poseyendo aquella talla,  
a su título añadía  
el de Jesús Nazareno  
junto con el de María,  
viniendo a ser desde entonces  
por tal nombre conocida.  
Se ordenó tomar razón  
también que se pagarían  
hasta trescientos reales,  
que era suma muy crecida,  
al hombre que con sus manos  
a la imagen diera vida.

Cuando la historia narrada  
de muchos fue conocida  
la fama del buen Tomás  
como la espuma crecía  
y señores importantes  
obras suyas requerían,  
ofreciéndole fortunas  
por cualquier cosa salida  
de las manos prodigiosas  
de tan consumado artista.  
Pero todas las propuestas  
que le hacen son baldías;  
pues bien se sabe Tomás  
que nunca jamás haría  
nada como el Nazareno,  
ya que Dios mismo fue guía  
de sus manos en las noches  
que la imagen esculpía.  
Aquel Jesús Nazareno  
fue la obra de su vida  
y en los años venideros  
la imagen asombraría  
a todos cuantos la vieran  
y algún poeta diría  
pasados cientos de años  
al sacar la Cofradía  
a Jesús en Procesión

el Viernes de amanecida:

*“Tan difícil me resulta  
describir el sufrimiento  
de la cara de Jesús,  
que ni a imaginar me atrevo  
la barbarie de esa espina,  
que escapándose del trenzo,  
va atravesando su frente,  
desde donde nace el pelo,  
macerándole la carne,  
hasta su ojo derecho.  
Ese Rostro ennegrecido,  
esos labios entreabiertos  
de los que quiere escaparse  
un anhelante jadeo,  
esos ojos que se cierran  
y esos dos hilos sangrientos  
que le surcan las mejillas  
hasta enrojecerle el pecho ...”*

¡Esa es la imagen de Dios!  
¡Ese es Jesús Nazareno!

====0=0====

**César García González**  
Fuente: Anónimo popular

### La luz del Arco del Cristo

La caballerosidad y el honor, unidos a la altivez y ¿Por qué no decirlo? A la estupidez, pueden dar lugar a costumbres y tradiciones que acaban perdurando siglos.

Este romance da cuenta de los hechos que dieron lugar a que una luz que alumbraba a un Cristo siempre permanezca encendida.

A casa del Regidor  
la nobleza va llegando  
a presentar sus respetos  
ante el elevado rango  
de Don Gonzalo de Andrada,  
que va a poner bajo el mando  
de Don Fernán de Pereros  
las tropas que se han levado  
en esta villa de Cáceres  
para acudir con el bando  
de los Católicos Reyes,  
ya que así les fue jurado,  
a la guerra de Granada  
y así quedará tomado  
entero el suelo de Iberia,  
que tal empeño es sagrado  
para la Reina Isabel  
y su esposo Don Fernando.

Aquí nobles caballeros,  
allá distinguidas damas.  
Ellos sus mejores trajes,  
ellas luciendo sus galas  
ante el Regidor desfilan.  
Ellos inclinan la espada,  
con breve genuflexión  
ellas su encanto realzan.  
De pronto, todas las voces  
como por misterio callan.  
A la voz del alguacil  
aparece por la entrada,  
con su esposa y con su hija,  
El Señor Rodrigo Aldana;  
mas no son para el Hidalgo

las encendidas miradas  
de los nobles caballeros,  
ni la envidia que las damas  
mal aciertan a ocultar  
con altivez ensayada.  
El centro de la atención,  
por donde quiera que vaya,  
lo es Doña Inés de Aldana,  
hija única del prócer,  
por todos considerada  
la reina de la belleza  
y por todos deseada.

Mediada la recepción  
Doña Inés queda escoltada  
junto al principal estrado  
por su madre y Doña Juana,  
esposa de Don Gonzalo,  
que es el señor de la casa,  
quien cordialmente departe  
con Don Rodrigo de Aldana.  
Van se acercando al estrado,  
como sin darle importancia,  
los jóvenes caballeros  
que en la recepción se hallan.  
Con fingida indiferencia  
van saludando a las damas,  
anhelando en su interior  
al menos una palabra  
de Doña Inés, que permita  
albergar una esperanza  
de que la bella les tenga  
por algo más que una cara  
que se acerca sonriendo  
y se aleja trastornada.

Quiere la casualidad  
que en un preciso momento  
Don Gutierre de Saavedra  
y Don Fernán de Perero  
coincidan junto al estrado  
de Doña Inés, justo al tiempo  
que se despoja de un guante  
y que el guante cae al suelo.

Quizás lo quiso el azar  
o fue, quizás, el intento  
de la bella Doña Inés  
en contemplar el desnudo  
que por servirla demuestran  
a un tiempo dos caballeros.  
El caso es que más se tarda  
en decirlo que en hacerlo  
y tan pronto el guante toca  
las losas del pavimento,  
los dos jóvenes se inclinan  
y ambos lo apresan al tiempo.  
Cada uno de una parte  
tiene el guante bien sujeto,  
ambos esperan que el otro  
lo suelte y él devolverlo;  
pero ninguno renuncia  
a lo que cree su derecho.  
El uno aprieta los labios,  
del otro se agita el pecho,  
las miradas que se cruzan  
son tan frías como el hielo.  
Los presentes que reparan  
en la escena van temiendo  
que tamaña obstinación  
vaya a terminar en duelo.  
El Regidor, hombre sabio,  
ducho en cortesanos juegos,  
toma el guante con la mano  
y, colocándose en medio,  
con un discreto ademán  
hace que los caballeros  
depongan su terquedad  
y el lance quede deshecho.  
- ¡Tomad, Doña Inés! - Le dice.  
- Y para el futuro espero  
que seáis más cuidadosa;  
pues os puede ser devuelto  
manchado de sangre noble  
lo que vuestro escaso esmero  
de modo tan negligente  
permite que caiga al suelo.-

Mas no con ello quedaron

ni con mucho satisfechos  
Don Gutierre de Saavedra  
y Don Fernán de Perero;  
pues al terminar la fiesta,  
cuando a la calle salieron  
se encontraron frente a frente  
y, midiéndose de nuevo  
con sus gélidas miradas  
habló Don Fernán primero:  
- Ahora que es noche cerrada  
malamente puedo veros;  
mas tan pronto salga el sol  
se han de cruzar los aceros.-  
- ¿Y por qué hemos de esperar? -  
Tercia Don Gutierre. - Creo  
que de concluir el lance  
es más grande mi deseo  
y que si vos pretendéis  
dilatarlo por más tiempo  
es que tenéis un motivo  
y ese motivo es el miedo. -  
Ante aquella grave afrenta  
Don Fernán responde presto:  
- ¡Decid si queréis morir  
aquí mismo! No tolero  
que semejantes palabras  
queden dichas y no muerto  
quien las haya pronunciado  
o mi vida deje en ello. -  
- Ya que resulta imposible  
aquí batirnos en duelo;  
pues a dos palmos de mí  
vuestra figura no veo,  
vamos a la puerta Este,  
la que da a Fuente Concejo,  
que en el arco que la enmarca  
hay un Cristo arriba puesto  
y una bujía lo alumbra.  
Con su luz ya dispondremos  
del espacio suficiente  
para medir los aceros. -  
Así dijo Don Gutierre,  
el otro estuvo de acuerdo.  
Por la Cuesta del Marqués,

que es empinado repecho,  
fueron bajando hasta el Arco,  
cuando en frente lo tuvieron  
comprobaron que lo dicho  
por Don Gutierre era cierto  
y aunque era tenue la luz,  
quedaba un espacio abierto  
donde poderse batir  
al distinguirse sus cuerpos.  
Después de haber formulado  
el saludo de respeto,  
besan la cruz de su espada,  
se afirman en el terreno  
y se acometen con brío  
buscando el golpe certero.  
Mas, iniciada la lucha,  
la luz, en un parpadeo,  
se desvanece, se apaga,  
dejando a los caballeros  
en tan gran oscuridad  
que han de detener el duelo.  
Mas, tan pronto lo detienen  
la llama surge de nuevo.  
Vuelven a verse la faz,  
piensan que quizás el viento  
en ráfaga caprichosa  
ha disminuido el fuego.  
Por segunda vez se aprestan  
a la lucha y al momento  
de cruzar el primer golpe  
la llama titila y luego  
por segunda vez se apaga.  
Sin que puedan tal misterio  
explicarse se detienen  
y nuevamente al hacerlo  
vuelve a alumbrar la bujía  
y su luz, que sube al Cielo,  
les deja ver aquel Cristo  
que los mira en su silencio.  
Al punto la explicación  
se abre paso en sus cerebros:  
- ¡Es el Cristo! - Dice uno.  
El otro responde: - ¡Cierto!  
No quiere que nos batamos,

nos quiere a los dos ilesos,  
que tan fútiles motivos  
como los que nos tenemos  
no son bastante razón  
para que alguno sea muerto. -  
Y así, como camaradas,  
se tienden el brazo diestro  
y con el saludo sellan  
de no combatir acuerdo.

Hecho el pacto determinan  
que el de Doña Inés electo  
dispondrá de campo libre  
para hacerle su cortejo,  
debiendo dejar el otro  
de realizar más intentos  
para obtener sus favores  
y mantener el respeto  
y cortesía debidos  
a dama de compañero.  
Y puesto que para el alba  
ya no falta mucho tiempo,  
deciden llegarse juntos  
hasta bajo el aposento  
de Doña Inés y aguardar  
a que el palacio esté abierto  
y que ella misma decida  
cuanto antes aquel pleito.

Embozados en sus capas  
para el aguardo están prestos  
en el callejón del Mono,  
que dista muy pocos metros  
de casa de los Aldana  
y que es lugar muy discreto.  
Al ir clareando el día  
los perfiles son más netos  
y aciertan a distinguir  
el balcón de su tormento.  
¡De pronto! Con tal sorpresa  
que les deja boquiabiertos  
ven, que con mucho sigilo  
del balcón está saliendo  
una figura de hombre

que se desliza hasta el suelo  
por una maroma oculta  
por las sombras y que luego  
es la misma Doña Inés  
la que asoma medio cuerpo  
y antes que desaparezca  
a su amado lanza un beso.  
Algo tan inesperado  
a los dos deja perplejos,  
se miran tan sorprendidos  
que si no llegan a verlo  
nunca lo hubieran creído;  
pero pronto su despecho  
desaparece y comprenden  
que ambos han sido unos necios  
dando por fijo y sentado  
que de la dama el afecto  
no pudiera ser de nadie,  
salvo de alguno de ellos.  
Ahora entienden porqué el Cristo  
ha detenido su duelo,  
encendiendo y apagando  
de la bujía su fuego.  
Y como son bien nacidos  
juran agradecimiento  
al Cristo del arco aquel,  
determinando al momento  
que nunca le falte luz.  
Los Saavedra y los Perero  
así quedan emplazados  
y que en años venideros  
el Arco del Cristo tenga  
siempre encendido su fuego  
y a los pies del Cristo hacen  
su sagrado juramento.

---==0=0==---

**César García González**  
Fuente: Anónimo popular

## **LA TORRE DE FLORIPES**

El amor, imposible a veces, a veces triunfa y se impone por encima de dificultades y de diferencias de razas, costumbres y religiones, si los corazones por él inflamados son nobles y los espíritus indomables, y si además los dueños de esos corazones se ven inmersos en aventuras y acontecimientos que ponen a prueba, tanto la intensidad de ese amor, como la valentía y el arrojo de quienes lo profesan, se producen hechos que dan lugar a historias como la que ahora se narra y que habla de belleza, traiciones, luchas y victorias.

Reinaba el gran Carlomagno  
en todo su vasto imperio  
y hasta las tierras de Hispania  
llegaban sus caballeros  
a combatir con el moro  
en los parajes fronteros.  
Por las riberas del Tajo  
se libran combates cruentos;  
pues es el río referencia  
y su dominio estratégico.  
Son las tierras extremeñas  
de muchos enfrentamientos  
y son de especial violencia  
en un punto muy concreto:  
El poblado de Alconétar,  
donde, sobre un tramo estrecho  
del río, ya los romanos  
sólido puente tendieron.  
El control sobre este paso  
da ventaja en amplio trecho  
por tal, siempre es objetivo,  
tanto de los sarracenos,  
como de la cristiandad,  
que para todos es bueno.

Cuando esta historia sucede  
un caudillo cruel y fiero,  
que era Rey de Alejandría,  
gobierna el puente y el pueblo.  
Es su nombre Fierabrás

y con su mano de hierro  
toda una amplia región  
tiene bajo su gobierno.  
Por guardar mejor el puente  
un torreón muy esbelto  
ha construido a su lado  
y hasta el portillo de acceso,  
para hacerlo inexpugnable,  
se abre casi a cinco metros  
de altura sobre la base  
extendida a ras del suelo.  
Por eso el cruel Fierabrás  
cuando tiene prisioneros  
en la torre los encierra;  
pues salir fuera de dentro  
harto más fácil resulta  
que hacer el camino inverso.

Cuenta entre sus capitanes  
este caudillo tan fiero  
con quien puede parecer  
asaz extraño guerrero;  
pues a más de ser mujer  
posee un rostro tan bello  
y formas tan sugerentes  
en su estilizado cuerpo  
que hasta mentira parece  
que pueda albergar su pecho  
corazón tan despiadado  
que guía brazo tan fiero,  
que más se crece en combate,  
cuanto el combate es más cruento.  
Como "La Bella Floripes"  
la conoce el mundo entero  
y tales encantos tiene  
que al punto se quedan presos  
de amor cuantos la conocen,  
distinguiéndose entre ellos  
quien ha sangre de su sangre  
por nacer del mismo cuerpo:  
Fierabrás, su propio hermano,  
el caudillo cruel y fiero,  
rendido de amor está,  
consumiéndole el deseo

de poseer a Floripes,  
que aunque aberrante es hecho,  
no resulta inusual  
que pase entre sarracenos.  
Pero la bella Floripes  
desdeña el requerimiento  
de su hermano tantas veces  
cuantas lo hace manifiesto,  
por lo que el cruel Fierabrás  
a sí se hace juramento  
que será suya o de nadie.  
No ha de gozar de aquel cuerpo  
mortal alguno jamás  
si él no puede poseerlo.

En los múltiples combates,  
escaramuzas y acechos  
que en la ribera del río  
se libran de tiempo en tiempo,  
la morisma se ha fijado  
que, con arrojo y denuedo,  
dirige cristiana hueste  
un capitán muy apuesto  
que manifiesta en la lucha  
mucho más ardor que miedo.  
Hasta la bella Floripes  
llega a cruzar el acero  
con Don Guido de Borgoña,  
que por tal nombre se nombra  
a este noble caballero.  
Pero además de los golpes,  
más forzados que certeros,  
entre Don Guido y Floripes  
miradas de vivo fuego  
se han cruzado varias veces  
y el odio que había primero  
en amor se va trocando,  
sin que ninguno de ellos  
pueda ni quiera evitarlo;  
pues ambos van suponiendo  
que tal pasión es posible  
tan sólo en sus pensamientos.  
Pero quizás el destino,  
siempre juguetón e incierto,

hace que un día Don Guido  
caiga como prisionero  
en manos de Fierabrás.  
Puesta al corriente de ello,  
corre la bella Floripes  
a hablar con el caballero  
y aunque pretende al principio  
disimular sus afectos,  
el amor que se profesan  
desde el día en que se vieron,  
venciendo cualquier barrera,  
al fin se acaba imponiendo.  
Pero Fierabrás se entera  
de que en la torre está preso  
quien no sólo es enemigo,  
sino que además es dueño  
del corazón de su hermana  
y cegado por los celos  
manda que, para que muera,  
le sea cercenado el cuello.  
Mas la bella se anticipa  
y engañando al carcelero,  
a quien llaman Brutamonte  
y que es malvado y perverso,  
al pie mismo de la torre  
de un solo golpe certero  
le da muerte con su daga  
sin flaquearle los dedos  
y en la torre se hace fuerte  
con los demás prisioneros  
y su guardia personal  
que la ha seguido en su empeño.  
El furor de Fierabrás  
parece alcanzar al cielo.  
A la torre pone sitio  
y deja todo dispuesto  
para que por hambre y sed  
perezcan todos adentro.  
Así que pasan los días  
van las fuerzas decayendo  
junto con las provisiones;  
mas no va menguando el genio  
y para salir del trance  
que puede acabar con ellos,

deciden que Carlomagno  
adquiera conocimiento  
de la fatal situación  
en que se encuentran los presos.  
Conferenciando entre todos  
llegan al común acuerdo  
de que la suerte decida  
quién va a romper el asedio  
y dar al Emperador  
noticia de este suceso.  
La suerte a veces extraña  
hace a Don Guido el electo.  
Con el arrojo y audacia  
propios de todos su gestos,  
en noche oscura y sin luna  
salva el hostil campamento  
y la empresa encomendada  
así remata con éxito.  
Carlomagno manda tropas  
con víveres y pertrechos  
y, venciendo a Fierabrás,  
libera a los prisioneros.  
A Don Guido de Borgoña  
le concede como premio  
desposarse con su amada  
y le ofrece un amplio feudo  
en las tierras conquistadas  
con la torre como centro.

Con el correr de los años,  
cristianos y sarracenos,  
para nombrar la tal torre,  
recordando estos sucesos,  
con el nombre de la bella  
la fueron reconociendo  
y “La Torre de Floripes”  
es hasta estos momentos.

Cuenta también la leyenda  
que entre horribles sufrimientos  
los espíritus errantes  
de caudillo y carcelero,  
Fierabrás y Brutamonte,  
siguen en la torre presos

y cuando el agua del río  
va a cubrirla por completo,  
se forma a su alrededor  
como un halo de misterio.  
Son las almas condenadas  
que no hallan paz ni sosiego  
y un remolino en el agua  
se forma con sus lamentos.  
Así, quien atentamente  
viaje por estos predios  
y conozca esta leyenda  
podrá oírlos ... ¡Y hasta verlos!

---==0=0==---

**César García González**

Fuente: J. Sendín "Leyendas Extremeñas"

## EL CALLEJÓN DE LA AMARGURA

Hasta la aparición de los Camposantos, los enterramientos se realizaban en el interior de los templos cuando los finados eran miembros de la nobleza y su mecenazgo había contribuido a levantar o a mantener capillas u oratorios en los dichos templos.

Mas el común de los mortales, gentes del vulgo, siervos y demás eran dados a la tierra en el exterior de las iglesias, preferentemente detrás del presbiterio, por ello a estas zonas aledañas a los templos, acudían los deudos de los enterrados a manifestar su duelo y proclamar su tristeza o amargura por la pérdida del ser querido.

Posiblemente, sea esta la razón de que en Cáceres, la tortuosa y estrecha calle que discurre por detrás de la Concatedral de Santa María la Mayor, sea conocida como "Callejón de la Amargura".

Pero desde largo tiempo se viene contando una historia que atribuye una razón bien distinta al origen de ese nombre.

Es la que ahora se narra:

Callejón de la Amargura  
¿A qué le debes tal nombre?  
¿Qué tristeza, muerte u odio  
tras ese título escondes...?  
Así pregunté a la historia.  
Quise saber las razones  
por las que así se te llama  
y así el pueblo te conoce.  
Y la historia me lo dijo,  
quiso contármelo a voces,  
para que yo lo repita  
y que cualquiera se asombre  
de que entereza y bondad  
llegan a parir dolores,  
que no por bien recibidos  
van a ser menos atroces.

Pero dejad que lo narre  
y que como se conoce  
por todos sea conocido  
tal que ya nadie lo ignore  
y de Cáceres el pueblo  
con quien lo sufrió lo llore:

Fue que en el tal callejón,

(que tortuoso recorre  
por la trasera del Templo,  
y entre esquinas y rincones  
lleva al Adarve del Cristo)  
hubo mancebía noble.  
La regentó meretriz  
bien dotada de los dones  
que para tales oficios  
su dificultad impone;  
pero además de las ciencias  
los encantos y sazones  
que adornaban a “la Lola”,  
pues que tal era su nombre,  
era mujer de palabra  
y no valían razones,  
cuando la había empeñado,  
para que mujer ni hombre  
la pudieran doblegar  
con más argumentaciones.  
Una noche, como todas,  
en aquel burdel brillaban,  
además de las candelas,  
más que cualquier luminaria,  
lujuria y gula fundidas,  
que allí se tenía a gala  
atender necesidades  
sin selección estudiada  
de cuál era la virtud  
que quedaba vulnerada.  
Mas de pronto, la alegría  
vino a resultar truncada  
por un aviso que llega  
de que reyerta entablada  
entre mozos en la calle  
se ha saldado con tan mala  
fortuna que ha sido muerto  
un joven de cuchillada  
y parece que la ronda  
de alguaciles ya se anda  
tras los pasos del autor,  
que viene de casa en casa  
buscando donde esconderse  
o encontrar cobijo y guarda.

Así que Lola conoce  
que hasta su puerta se alcanza  
ese joven fugitivo  
y que con angustia llama,  
manda abrir con discreción  
y franquearle la entrada.  
Allí mismo de esconderle  
Lola ofrece su palabra.  
Y así que la ronda llega  
Lola niega ante los guardias  
que tenga conocimiento  
de que haya entrado en su casa  
persona como el buscado  
y para que no se vaya  
la justicia descontenta  
de su largueza hace gala  
y les cursa invitación  
para pasar a la sala  
donde sin preocupaciones  
el personal se solaza.

Los de la ronda declinan,  
y no por falta de ganas,  
el gentil ofrecimiento  
ya que el deber los reclama.  
Y tras escuchar de Lola  
que el fugitivo en la casa  
no se encuentra refugiado  
la justicia ya se marcha.

Averiguaciones hechas  
alrededor del suceso  
acaban por acercarle  
a Lola conocimiento  
de que en el traído lance  
quien ha resultado muerto  
ha sido su propio hijo.  
Su hijo, galano y bello,  
hermoso y joven muchacho  
doncel tan guapo y apuesto,  
aquel que hubiese parido  
y que criase a sus pechos.  
Aquel siempre bien amado,

aquel que tantos desvelos  
le trajo desde la cuna.  
Aquel a quien con esmero  
le diese una educación  
para que con el tiempo,  
de hijo de meretriz  
se trocase en caballero.

De su boca sólo un grito:  
*“¡Muerto! Mi hijo ¡Muerto!”*  
Brotaba constantemente,  
se mesaba los cabellos,  
andaba como perdida  
sin hallar paz ni sosiego.  
Pero lo peor de todo,  
lo que ponía más negro  
el color de su dolor,  
era que al joven artero  
que acuchillase a su hijo  
en aquel maldito duelo,  
lo tenía de acogida  
bajo de su propio techo.  
Y de su palabra esclava  
tal debía mantenerlo.

Por su mente ni pasó,  
ni pronto ni en mucho tiempo,  
la delación o la entrega;  
pero el doble sentimiento  
de lealtad a su palabra  
y de dolor tan intenso,  
en silenciosa amargura  
así la fueron sumiendo,  
que el vulgo, de siempre sabio,  
para dar conocimiento  
a quien requería informe  
sobre el establecimiento,  
dio en llamar al callejón,  
A raíz de estos sucesos:  
*“De la amargura de Lola”*  
y así, el correr del tiempo  
el nombre fue recortando  
y en dicho quedose el hecho.

*“Callejón de la Amargura”*  
es el nombre del recuerdo  
de una mujer que sufrió  
ella sola y en silencio.  
Y que tenida por mala  
y por pecados sus hechos,  
por su palabra y coraje,  
su corazón hizo bueno.

---==oOo==---

**César García González**  
Fuente: Anónimo popular.

### **La sombra de Gonzálvez**

En la baja Edad Media las tierras del Tajo durante muchos años fueron fronteras entre los reinos cristianos y Al Andalus y, como en todas las regiones cuya posesión no estaba clara y cambiaba de manos y dueños con harta facilidad, se produjeron notables hechos, valientes actos, fervientes enamoramientos y arteras traiciones.

Muchos son los cuentos y las leyendas que narran acciones de las naturalezas descritas y muchos los personajes en ellas implicados. Esta que se cuenta, aconteció en las agrestes tierras de la Sierra de Monfragüe y en el castillo que sobre ella dominaba.

Pero... Oigámosla:

Al norte de Extremadura,  
en la tierra de Monfragüe,  
había tropas cristianas  
en castillo inexpugnable.  
Asentado sobre el Tajo  
en ásperos roquedales,  
resistía fieramente  
del moro cualquier embate,  
que en ninguna de sus razzias  
logró siquiera acercarse.  
Aguerridos luchadores,  
extremeños indomables  
al Rey de León guardaban  
estas tierras de Monfragüe.

Entre los hombres de armas  
que había en el baluarte  
se contaban dos amigos  
que, desde que eran infantes,  
compartían de su vida  
alegrías y pesares,  
eran Tirso de Pedraja  
y Rodolfo de Gonzálvez.  
Ambos diestros con las armas,  
luchadores de coraje,  
ambos hacia su amistad  
desprendidos y leales.  
Su capitán los tenía  
por soldados ejemplares,  
entre la tropa se habían

ganado fama de audaces,  
incluso al moro llegaba  
la narración de sus lances  
y notables hechos de armas  
que habían sufrido en sus carnes.

A tal punto la amistad  
que los unía era grande  
que si ofendido era el uno,  
desquite el otro se trae  
y cualquiera posesión,  
ya sea fútil o importante,  
que cualquiera se tuviera,  
entre los dos la comparten.  
De lazo tan vigoroso  
y amistad tan envidiable  
mortal alguno podía  
prevenir tal desenlace;  
mas aguardad, que ya narro  
la historia desde que nace:

Durante todo un verano  
los fieros abencerrajes  
habían tenido sitiado  
el Castillo de Monfragüe;  
mas, sin haberlo tomado  
y tras de duros combates,  
al acercarse el invierno  
hubieron de retirarse  
para evitar el rigor  
del frío de estos parajes.  
Retirado el agareno  
se hacía preciso andarse  
hasta la cercana aldea  
de Serradilla, que grande  
merma había sufrido  
de víveres y animales  
la reserva del Castillo  
por tan prolongado ataque.  
De guardar la expedición  
que a Serradilla bajase,  
órdenes dio el Capitán  
a Pedraja y a Gonzálvez  
y al mando de ella se fueron,

dando fe de inseparables  
a dar punto a su misión;  
pero... ¡Pobres ignorantes!  
No sabían que en el pueblo  
un hado de mal talante  
truncaría su amistad,  
trayendo mayores males.

Ambos pusieron sus ojos  
en una moza arrogante  
que inflamó sus corazones  
con un amor tan salvaje  
que se trocaba en deseos  
y en apetitos carnales.  
Tanto se halagó la moza  
porque ambos la cortejasen  
que a ninguno se entregó;  
pero sin querer negarse.  
A los dos les dio esperanza,  
ante los dos hizo alardes  
de pureza y castidad  
y su belleza y encantos,  
ya de natural pujantes,  
destacaba con afeites  
y sus mejores ropajes.  
Galanteaba con uno  
sin que el otro lo ignorase  
y a cada uno contaba  
lo que el otro le narrase,  
arreglando las palabras  
con tal astucia y tal arte  
que sin decirles mentiras  
no decía verdades.  
Así, cada uno fue  
cada vez más encelándose  
y perdiendo en el amigo  
aquella fe inquebrantable,  
que se hizo rivalidad  
con recelos insondables,  
para irse trocando en odio  
así los días pasasen.

Cuando en estas sinrazones  
andaban los aspirantes,

quiso concluir la moza  
aquel complicado trance  
y, negándose a Pedraja,  
se prometió con Gonzálvez.  
El regocijo de éste,  
sintiéndose ya triunfante,  
hizo nacer en el otro  
rencor y odio a raudales  
y así, por aquel desprecio,  
venganza juró tomarse.

Llegado que fue el momento  
de que al Castillo tornasen,  
fue conocido de todos  
aquel amoroso lance  
que a dos tan buenos amigos  
en enemigos trocase.  
A lo largo del invierno  
muchas veces fue Gonzálvez  
al pueblo, por ver su moza  
y que Pedraja rabiase.  
En más de alguna ocasión,  
por estas rivalidades,  
llegaron a las espadas;  
mas no se llegó a la sangre;  
pero ya todos sabían  
que más temprano o más tarde  
duelo a muerte se tendrían  
entre Pedraja y Gonzálvez.

Con la nueva Primavera  
vuelven los abencerrajes  
a poner sitio al Castillo;  
pues han empeño constante  
en ganar para su Reino  
estas tierras de Monfragüe;  
pues son de paso obligado  
y entre norte y sur enlace.

Una sombría mañana  
mandó el Capitán de infantes  
que en el patio del Castillo  
toda la tropa formase.  
Así los tuvo reunidos

díjoles con su voz grave:  
- ¡Por Dios que he de averiguar  
si aquí me tengo un cobarde  
que ha pactado una traición  
con el moro abencerraje! -  
Y diciendo esto, muestra  
una misiva que trae.  
Para ser leída en alto  
se la entrega a su ayudante.  
A éste la voz le tiembla,  
su rostro va demudándose  
al leer el contenido  
de tan funesto mensaje:  
- ¡Conviene que estéis alerta,  
porque un traidor despreciable  
en vuestras filas se encuentra.  
Debéis desenmascararle  
y hacer justicia con él;  
pues mañana será tarde! -  
Un murmullo de estupor  
entre la tropa se esparce  
y va subiendo de tono  
con la indignación que nace.  
Con un gesto el Capitán  
a todos manda callarse  
y puesto que allí están todos  
les ordena desnudarse  
para registrar las ropas,  
armaduras y atalajes  
de todos y cada uno  
por descubrir al culpable.  
Después de algunos de ellos,  
le toca el turno a Gonzálvez,  
con toda tranquilidad  
empieza por despojarse  
de cota de malla y armas,  
cuando va a quitarse el traje  
el Capitán le detiene  
y lanza un grito salvaje.  
De los pliegues de la ropa  
un papel oculto extrae.  
- ¡Traición! ¡Aquí lo tenemos!  
¡Esta es la prueba palpable! -  
Con su voz enfurecida

parece romper el aire;  
pues más que leer escupe  
las palabras del mensaje:  
- “¡Mañana, al anochecer,  
por el túnel que tú sabes,  
al interior del Castillo  
nos conducirás, la parte  
prometida del botín,  
así que la lucha acabe,  
será tuya, te lo dice  
el Caudillo abencerraje”! -  
- ¿Qué más pruebas hacen falta?  
¡Prended a ese vil cobarde!  
¿Que su castigo ha de ser  
como su traición de grande! -  
La sorpresa y el horror  
dejaron mudo a Gonzálvez,  
que no acertó a pronunciar  
palabra que disculpase  
el crimen que le achacaban  
sin que en él tuviera parte.  
Así fue rápido el juicio,  
la sentencia, no por grave,  
una vez que fue tomada  
más tardó en ejecutarse.  
Y no cupo apelación;  
pues la orden fue tajante:  
- ¡Llevadlo hasta el Cancho Gordo!  
Pero antes de despeñarle  
que le sea atada al cuello  
una piedra que no baje  
de cuatro arrobas de peso.  
¡Y que el Tajo se lo trague! -  
Doce hombres se llevaron  
al que creían infame  
y la orden se cumplió  
de manera inexorable.  
Entre aquellos doce iba  
el que fuera responsable  
del ardid que se tramara  
contra el pobre de Gonzálvez.  
Y el mismo Pedraja fue  
quien, lejos de conformarse  
con perder a su rival,

de propia mano empujase  
el cuerpo del desgraciado  
hacia el abismo insondable.  
Las frías aguas del Tajo  
se llevaron en su cauce  
el cuerpo del desgraciado  
con aquel pesado lastre.  
Un remolino rojizo,  
como un círculo de sangre,  
se convirtió en el sudario  
en que se envolvió el cadáver.

Fueron pasando los días  
sin que muchos se acordasen  
de quien, por creer traidor,  
tuviera muerte infamante.  
Mas Pedraja no podía  
olvidar por un instante  
que aquel que fuera su amigo  
fue inocente y él culpable.  
Y así, los remordimientos  
el corazón le contraen  
y no sosiega, ni duerme,  
ni come; pues bien se sabe  
que no ha de quedar impune  
un acto tan despreciable.  
Se le veía enflaquecer,  
no quería hablar con nadie,  
su mirada era vidriosa  
y grotescos sus andares;  
pues se creía seguido  
por la sombra de Gonzálvez  
y tratando de alejarla  
lanzaba golpes al aire,  
tal que todos le tomaron  
por un loco de remate.  
Cada día se bajaba  
hasta el río por la tarde,  
que una fuerza irresistible  
allí parecía llamarle  
y con la mirada fija  
sobre las aguas cambiantes  
se le pasaban las horas  
sin que nada le sacase

de aquel ensimismamiento  
que más iba trastornándole.  
A veces le parecía  
que la sombra de Gonzálvez  
emergía de las aguas  
y allí quería llevarle;  
pues le llamaba en silencio,  
se acercaba a rodearle  
y hasta tiraba de él  
con gestos amenazantes.  
Estas visiones tenían  
a Pedraja delirante,  
hasta que un anochecer  
fue a Cancho Gordo a sentarse,  
el Cielo estaba rojizo,  
con furia soplaba el aire,  
haciendo que el agua turbia  
bramara en los roquedales.  
¡De pronto! Como una nube  
en el río va formándose,  
adopta humana figura  
y de las aguas se sale,  
se eleva sobre las piedras  
hasta Pedraja llegándose.  
El terror le paraliza,  
que aunque está loco ya sabe  
que el alma de su rival  
allí ha subido a buscarle.  
La sombra le reconoce,  
y él reconoce a Gonzálvez.  
Desenvainando su espada  
para dos veces matarle  
se lanza contra la sombra  
y por el abismo cae.  
Su cuerpo contra las rocas  
al caer va golpeándose  
de tal modo, que las aguas  
lo recogen ya cadáver.  
El río Tajo que fuera  
la tumba del buen Gonzálvez,  
también sirvió de ataúd  
al que fuera más infame  
y en la eternidad unidos  
quedaron los dos rivales.

Así dice esta leyenda  
del Castillo de Monfragüe,  
puede no ser verdadera,  
mas, cuando la Luna sale,  
quien se asome desde el Cancho,  
si atento sabe fijarse,  
es posible que descubra  
sobre las aguas cambiantes  
dos sombras que van unidas  
sin dejar de pelearse.  
Y sobran explicaciones;  
pues ya cualquiera se sabe  
que en el Tajo están cautivos  
los espíritus errantes,  
sin encontrar el reposo,  
de Pedraja y de Gonzálvez.

====oOo====

**César García González**

Fuentes:

J. Sendín "Leyendas Extremeñas".  
Revista "El Cronista" de Serradilla.

### **El Cristo de las Batallas**

*“Ut placeat Deo et hominibus”* Tal lema imprimió el Monarca Alfonso VIII en el escudo de la ciudad de Plasencia. Junto a él, una Imagen de Cristo Crucificado que data de unos años después, del tiempo del Obispo Don Bricio, vienen definiendo y significando el espíritu de esta ciudad que, a lo largo de los siglos, se ha impregnado de las esencias de dos comarcas que se extienden en sendos valles hacia el norte de la urbe: La Vera y el Valle del Jerte. Aquí se cuenta la historia y el misterio que envuelve la aparición de la Imagen del Crucificado.

Comenzando el Siglo XIII  
contra el moro se luchaba.  
Las tierras de Extremadura  
el hondo Tajo zanjaba,  
quedando al sur la morisma  
y al norte gente cristiana.  
Toda su abrupta rivera  
se veía jalonada  
de castillos, fortalezas  
recias torres y murallas  
que para defensa fueron  
sobre el río levantadas;  
pero a más de detener  
al agareno en sus razzias,  
valiéndose de su altura,  
que lejos se divisaba,  
cuando el moro se movía  
se prendía una fogata  
que se iba multiplicando  
en cada torre cercana  
y así, toda la rivera  
estaba al punto alertada  
y prontas para la lucha  
que daban regiones amplias.  
Tal estrategia logró  
una relativa calma,  
permitiendo prosperar  
algunas de aquellas plazas;  
cual le sucedió a Plasencia,  
por el Jerte bordeada,  
protegida al sudoeste

por fosos y barbacas  
y adornada por el norte  
por una torre muy alta  
que todos los placentinos  
por "Lucía" la nombraban.  
Las callejas tortuosas  
y las recoletas plazas,  
cuando la noche se llega  
sólo ven rota su calma  
por la ronda que las corre  
con su segura pisada,  
siendo cómplice el silencio,  
que a tanto sirve la cama,  
de amores, rezos o sueños  
que a cada uno le vayan.

Mas tanta tranquilidad  
una noche fue truncada  
por el áspero sonido  
de la trompeta, que llama  
porque el peligro está cerca  
y prepararse hace falta.  
Apenas se abren los ojos  
y así las mentes se aclaran  
se puede ver en el Cielo  
sobrecogiendo las almas,  
el siniestro resplandor  
que provoca la fogata  
que desde Torre "Lucía"  
al Cielo eleva sus llamas.  
Los vecinos se alborotan,  
los soldados a las armas,  
con llamadas a rebato  
tocan todas las campanas.  
Pasada la intensa noche,  
pronta a despuntar el alba,  
se ha preparado la hueste  
y la tropa está formada.  
Para defender el sitio  
a campo abierto se lanzan  
y así poder elegir  
el lugar de la batalla  
y que a la ciudad no alcance  
el muslime y su canalla.

Hasta la Plaza Mayor,  
que es extensa y porticada,  
aguerridas formaciones  
por la calle del Rey bajan.  
Allí son las despedidas,  
abrazos, besos y lágrimas  
de madres, hijas y novias,  
que sienten que se desgaja  
algo de su propio ser  
cuando sus hombres se marchan  
para defender la Cruz,  
que la Media Luna ataca.  
Cuando el puente levadizo  
que está bajo la muralla  
en la Puerta de Trujillo,  
solemnemente se baja  
para que salga la tropa,  
una madre se abalanza  
sobre el pecho de su hijo  
mientras del suyo se arranca  
un pequeño Crucifijo,  
y le dice estas palabras:  
- Que este Señor, hijo mío,  
te proteja en las batallas.  
No te olvides de tenerlo  
cada noche en tu almohada  
y pedirle cada día  
que te guarde en cuerpo y alma. -  
La madre y el hijo cruzan  
la más intensa mirada  
y el mozo cruza el portón  
perdido entre la soldada  
en busca de su destino,  
poniendo su confianza,  
tanto en las manos de Dios,  
como en la cruz de su espada.  
El transcurrir de los días  
los va trocando en semanas  
y la hueste de Plasencia  
no torna de la batalla.  
Cada tarde por las calles  
de la ciudad solitaria,  
en somnolientos romances  
un anciano cuenta y narra

las luchas que contra el moro  
los placentinos se traban  
y nombra los que han caído  
y los que de alguna hazaña  
son autores, y su nombre  
entre los otros destaca.  
Cada tarde, las mujeres  
oyen al viejo angustiadas  
porque el nombre de su hombre  
en su romance no salga  
como muerto, prisionero  
o perdido en las batallas.  
Aunque alguno más curioso  
alguna vez preguntara  
quién sería aquel anciano,  
o de dónde se sacaba  
las noticias que traía,  
lo cierto es que no dudaban  
y por verdad se tenía  
cuanto en romances contaba,  
porque un halo de misterio  
sin duda le rodeaba.  
A pesar de su apariencia  
y de aquella espesa barba,  
la cadencia de su voz  
y lo firme de su habla  
no reflejaban los años  
que su figura apuntaba.

Las semanas al correr,  
en meses fueron trocadas,  
aquella madre tenía  
casi muerta la esperanza  
de que su hijo volviera  
para poder abrazarla;  
mas cada noche sus rezos  
al Cristo le renovaba.  
Y por no dejar de hacerlo,  
un día, de madrugada,  
se hizo presente su hijo  
en el zaguán de su casa.  
Fue tan grande su alegría  
y su gratitud fue tanta  
que sin poder pronunciar

apenas una palabra,  
entre besos y sollozos,  
por su hijo fue abrazada.  
- ¡Fue tu Cristo, madre mía,  
el que mi vida guardaba!  
Cada noche para Él  
era mi última palabra,  
tanto que junto a mis labios  
muchas noches se pasara  
al quedarme yo dormido,  
tras una dura jornada,  
sin concluir la oración  
que tú me recomendaras. -

Todos vivían felices  
ya con el soldado en casa;  
pero él estaba inquieto,  
algún mal le atenazaba.  
Corría por la ciudad,  
se subía y se bajaba  
por todas sus callejuelas  
y sus escondidas plazas,  
no descansaba su cuerpo,  
no sosegaba su alma,  
alguna vez hasta oyeron  
que consigo mismo hablaba.  
- ¡Ah! ¡Si pudiera! - Decía.  
- ¡Si pudiera! - Susurraba.  
Y sin tino repetía  
esa frase entrecortada,  
tal que su madre pensó  
que su razón peligraba.  
Y es que no era sólo esa  
su conducta más extraña,  
que llevase como pudo  
hasta el patio de su casa  
algunos leños enormes  
de madera oscura y parda.  
Y los mira y los remira,  
con la azuela los trabaja;  
pero lo que se pretenda  
a los leños no le saca.  
Los golpea con denuedo,  
febrilmente los ataca

hasta que cae rendido,  
mas su tarea no acaba.  
Y así un día tras otro,  
se levanta de mañana  
y encerrándose en el patio,  
en su trabajo se enfrasca,  
repitiendo sin razón  
aquella su frase extraña:  
- ¡Ah! ¡Si pudiera! - Decía.  
- ¡Si pudiera! - Susurraba.  
Hasta que, de pronto, un día,  
sin que nadie le llamara,  
el anciano romancero  
que contaba las batallas  
estaba bajo el dintel  
de la puerta de su casa.  
Era tiempo de Cuaresma,  
en plena Semana Santa,  
y por ser días de rezos  
los romances no se cantan.  
El mozo cuando lo ve  
con sorpresa se levanta,  
con curiosidad le mira  
y en la faltriquera se anda  
por buscar una limosna;  
pero el anciano le para  
con un gesto de su mano  
mientras posa su mirada  
en las enormes maderas  
en las que el mozo trabaja.  
- De esos leños... - Dice el Viejo.  
- ¿Qué? - Pregunta el joven con ansia.  
- Podría salir la imagen  
de Cristo en su Cruz tallada. -  
El mozo queda perplejo,  
tal es su intención callada  
y a nadie le ha referido  
que a tal objeto se afana;  
pero tras tanto fracaso  
ya su decisión no es tanta.  
- Quizás yo pueda ayudarte. -  
Dijo el Anciano con calma.  
- ¡Pero ha de ser como este! -  
Y el joven muestra en su palma

la Cruz que lleva en el pecho  
que su madre le entregara.  
- ¡Veré qué se puede hacer!  
Tú retírate y descansa. -  
El Anciano queda solo  
en el patio de la casa.  
Así que llega la noche  
todo está quieto y en calma,  
el mozo se llega al patio,  
pero allí no se oye nada.  
Llama repetidas veces,  
mas sólo silencio halla.  
Por fin, decidido entra  
donde el Anciano trabaja...  
De estupor y de sorpresa  
queda lívida su cara.  
Ante sus ojos se ofrece  
la más fabulosa talla  
de Cristo Crucificado...  
Al acercarse repara  
en que el rostro del Anciano  
es el de la imagen Santa.  
- ¡Es mi Cristo! - Grita el mozo.  
- ¡Mi Cristo de las Batallas!  
¡Así lo veía siempre!  
¡Así siempre lo soñaba!  
¡Así estaba cada noche  
protegiendo mi almohada! -  
Tal noticia pronto corre,  
de otra cosa no se habla,  
Plasencia es un hervidero  
de rumores que no callan.  
Por todas partes se busca  
al Anciano que cantaba;  
pero por ninguna parte  
ni rastro de él se halla.  
El Palacio Episcopal  
acaba tomando cartas  
en el asunto del Cristo,  
pidiendo el Señor Obispo  
que se le muestre la talla.  
Tan impresionado queda  
por el realismo que emana  
de la imponente figura

que rápidamente manda  
que se levante una Iglesia  
para aquella imagen Santa  
y que en años venideros  
allí sea venerada.

Desde entonces hasta hoy,  
El Cristo de las Batallas  
es para los placentinos  
fuente de fe y esperanza,  
y su Iglesia todo el día  
está con la puerta franca  
y a los pies del Cristo hay  
siempre encendida una llama  
que una madre allí pusiera  
porque a su hijo guardara.  
Hoy, los mozos de Plasencia,  
cuando al servicio de marchan,  
van a pedirle a su Cristo  
que los guarde en cuerpo y alma;  
pues saben que irán seguros,  
que su Cristo no les falla,  
que tendrán la protección  
¡Del Cristo de las Batallas!

---==oOo===---

**César García González**

Fuentes:  
Archivo documental del Santuario del Cristo de las Batallas.  
J. Sendín "Leyendas Extremeñas"

## **EL FUERO Y EL PENDÓN**

En la primavera del año 1229 de la era de Nuestro Señor Jesucristo, el Monarca leonés Alfonso IX tomó para la cristiandad la villa de Cáceres. Concedióle Fuero con declaración de villa de realengo y le hizo otorgamiento del Pendón Real para que como su bandera fuese por la villa tenido en los venideros años.

Casi tres siglos después, la Reina Isabel I de Castilla, por el mundo conocida como “La Católica”, cuando visitó la villa en 1477, junto a la llamada “Puerta Nueva” a la entrada a la ciudad, juró ante su Corte y los principales del Concejo, mantener y aumentar los privilegios que por el Fuero le otorgara el mencionado Rey de León.

En torno a este hecho se cuenta cómo la Reina remendó y bordó el Pendón y el origen de la tradición por la que el Concejal más joven de la Corporación, desde el balcón de las Casas Consistoriales, ondea el Pendón el día que se conmemora la victoria sobre los almohades que desde entonces es el del Santo Patrón de la Ciudad, el Señor San Jorge.

Se cuenta por esta villa  
Que fue en tiempos muy antiguos,  
Pues pasaba su mitad  
El siglo decimoquinto,  
Cuando se tuvo el honor  
De dar por bien recibido  
Al séquito de la Reina.

Con el pueblo por testigo,  
Los principales señores  
Regentes del Municipio  
Dispensan la bienvenida  
A cortejo tan nutrido  
Y frente a la Puerta Nueva,  
Antes de entrar al recinto  
Que la cerca delimita,  
Genuflexos y sumisos  
De la Católica Reina  
Rinden tributo al prestigio.

A tan sincero respeto  
Y tan leal compromiso  
Responde su Majestad  
Mandando traer el libro  
Del Fuero que dio a la villa

Yendo ya para tres siglos,  
Don Alfonso de León.

Como mandado, se hizo  
Y cuando ante sí lo tuvo,  
Con el sello de su anillo  
Su real marca grabó  
En la página de inicio  
Y con gran solemnidad  
Allí juramento hizo  
De sancionar y aumentar  
Del Fuero su contenido,  
Y por siempre con la villa  
Adquiría el compromiso  
De nombrarla de realengo,  
Quedando su municipio  
Con libre jurisdicción  
En su gobierno y servicio.

Y tras jurarlo ordenó  
Que se cumpliera lo dicho.

Después de este juramento  
Con el trámite cumplido,  
El más joven caballero  
De los ilustres reunidos  
Con la fuerza suficiente  
Para extenderlo y abrirlo,  
Hizo ondear el Pendón  
Que en la villa se ha tenido  
Por su bandera de honor  
Y símbolo más querido  
Desde que el Rey de León  
Al Islam hubo vencido.

Con su aguda perspicacia  
Y su acertado buen tino,  
La reina se percató  
De que aquel joven fornido  
Con tan vigoroso empuje  
Como con tan poco mimo,  
Zarandeaba el Pendón,  
Ya de por sí descosido,  
Que temiendo lo peor,

Con un gesto persuasivo  
Ordenole moderar  
Su arrebatado ejercicio.

Una vez aposentada,  
Tras el reposo preciso,  
Orden dio que a su presencia  
El Pendón fuese traído.  
También ordenó traer  
Sedas, brocados e hilo  
Para de su propia mano  
Componer con buen zurcido  
Los defectos de la pieza,  
Bordando, como añadido,  
Junto al rampante león,  
Un almenado castillo.

Desde aquella insigne fecha  
Juntos los dichos motivos  
El escudo de la villa  
De tal guisa han definido.  
Y aquella composición  
De final tan atractivo  
Que su Majestad bordara  
Sobre el bermejo tejido,  
Dicen doctos de la historia  
Que vino a ser el principio  
De emblemas y de blasones  
Que se unieron al destino  
De los castellanos reinos  
Y leoneses señoríos.  
Así la Reina Isabel,  
Por un Pendón descosido,  
Grabó un antes y un después  
En la historia de este sitio  
Como Cáceres nombrado  
Por los siglos de los siglos.

---==oOo===---

**César García**  
Fuente: Anónimo popular

## **ROMANDE DE GÓMEZ SOLÍS**

En el que se narra lo acontecido en la Plaza Mayor de Madrid y que dio lugar a la aparición del primer torero cacereño que, con el tiempo y sus merecimientos, llegó a ser Gran Maestro de la todopoderosa Orden de Alcántara.

En la villa de Madrid  
Grande fiesta se prepara,  
Que hasta ella se ha llegado  
Su Majestad el Monarca.  
El IV de los Enriques  
De la estirpe de Trastámara  
Con esplendor y boato  
Por la villa se desplaza  
Por que sus gentes le otorguen  
Parabienes y alabanzas.  
Y, correspondiendo al pueblo,  
De su largueza hace gala  
Y organiza fiestas, juegos  
Y mil diversiones varias.

Una de las atracciones  
Que al vulgo más le solaza  
Es el alanceo de toros  
Que se sueltan en la Plaza,  
Que es la Mayor de la villa  
Y al efecto se engalana  
Con profusión de banderas,  
Gallardetes en las lanzas  
Y cintas de colorines  
Luciendo en las alabardas  
Que con firme mano tienen  
Los soldados de la Guardia.  
Pendones y reposteros  
En balcones y ventanas  
Dando fe de la nobleza  
De quien vive en cada casa.

Talanqueras de madera  
Sobre el piso de la plaza  
Se instalan para que el vulgo  
A su través entre y salga  
Provocando a los astados

Al revuelo de sus capas  
Si algún caballero cae  
O algún percance le pasa.  
Pues los nobles ejecutan  
Ecuestres pasos de danza  
A lomos de sus corceles  
Al tiempo que con sus lanzas  
Acometen a los toros,  
Y esquivando las cornadas,  
Con monta de habilidad  
Sobre la fiera las clavan.

Gran regocijo supone  
Para la plebe que salgan  
Indemnes los caballeros,  
Mas si alguna costalada  
Sufre alguno contra el suelo  
No es baladí la algarada  
Que entre burlas y rechiflas  
A la plebe se le escapa.

Atento a lo que se lidia  
Un joven de buena casa  
Nombrado Gómez Solís  
No está lejos del Monarca;  
Fernán Álvaro de Toledo  
Que cerca de Tornavacas  
Gobierna en el Señorío  
De Oropesa y su Campana  
Es el mentor de este joven.  
Y lo ha llevado a la Madrid,  
Así por tener compañía,  
Como que conozca al Rey,  
A la corte y a su casa.

Cuando la fortuna quiere,  
Un ahijado del Monarca  
Se enfrenta con un morlaco  
De aparatosa prestancia,  
Con terrible cornamenta  
Y bravura demostrada.  
Al salirse de un embroque  
Su montura es alcanzada

Resultando malherida  
Por la certera cornada,  
Dando en tierra el caballero  
Que al piso cae de espaldas.

Quizás más tarde en pensarse  
Que en hacerse. Con audacia,  
Salvando la barandilla,  
El joven del palco salta  
Y con firmeza ventea  
Ante el animal su capa  
Y así logra su atención  
Y así logra la escapada  
Del caballero abatido  
Que pronto refugio halla.  
A partir de ese momento,  
La res al verse burlada  
Acomete al buen Solís  
De una forma reiterada;  
Pero cada acometida  
Del bravo toro es fallada.  
Con limpieza y donosura,  
Con agilidad y gracia,  
El galán hurta su cuerpo  
A la cornamenta ancha  
Y manejando el engaño  
Con intuición no estudiada  
Logra que cada embestida  
Vaya siendo más menguada.  
Y cuando el toro ya tiene  
Sus fuerzas más bien escasas  
Solís se planta ante él  
Y desenvaina su espada.  
En su postrera embestida  
El toro su mole lanza;  
Pero no es humano cuerpo  
Lo que encuentra su cornada,  
Sino dos palmos de acero  
De dureza bien templada,  
Pues desplazándose a un lado,  
Al otro extiende su capa  
Y ya próximo a la fiera  
De una certera estocada.  
Al toro hiere de muerte.

El animal muge y brama  
Ya sin poder revolverse,  
Pues la vida se le escapa.  
Y cuando ya muerta es  
La fiera dobla sus patas.  
El pueblo regocijado  
Entre vítores aclama  
Al torero que saluda  
Y con aplausos regala  
Un especial homenaje  
A faena tan galana.

También impresiona al Rey  
El valor y la elegancia  
Con que Gómez de Solís  
No sólo a su ahijado salva,  
Sino que además ofrece  
Una innovación que encanta  
A la plebe y a él mismo,  
Al burlar con una capa  
A una fiera semejante  
Y abatirla con la espada,  
Lo que conlleva más riesgo  
Que hacerlo con una lanza  
Y cabalgando un corcel  
Protegido con gualdrapa.  
Lo cual sin duda supone  
Mucho más completa hazaña.

Pronto Gómez de Solís  
Es llevado ante el Monarca  
Quien no sólo le saluda,  
También cálido lo abraza  
Y por salvar a su ahijado  
Le otorga efusivas gracias.  
Y no se quedan ahí  
Los gestos y las palabras,  
Pues manda tomar razón  
Para que quede en su casa  
Como protegido suyo  
Joven tan de buena casta.

Con el correr de los tiempos,

Tanto acrecienta su fama  
Como la estima que el Rey,  
Por notables hechos de armas,  
Le profesa y le dispensa  
Y hasta tal punto le alcanza  
Que cuando queda vacante  
El Gran Maestrazgo de Alcántara  
Con tal honor le distingue  
Y a tal dignidad lo ensalza.

Así, un simple fidalgo,  
Más bien de nobleza escasa,  
Tanto por lidiar los toros  
Con gallardía y prestancia,  
Como por servir al Rey,  
Con arrojo en las batallas,  
Se convierte en Gran Maestre,  
Con fortuna bien ganada,  
De la Orden de más mérito,  
Más riqueza y más prosapia.

---==oOo===---

**César García**  
Fuente: Anónimo popular

## **LA VIRGEN DE LA ESTRELLA**

Los enfrentamientos entre familias, entre la nobleza y el Rey y entre diversas facciones ciudadanas fueron harto frecuentes hasta bien entrada la Edad Media. No tan asiduos fueron los que pusieron de manifiesto disensiones entre los poderes civil y religioso. Aquí se narra uno de ellos en el que cada parte utilizó los medios a su alcance para intentar demostrar su razón.

Corre el Siglo Dieciocho  
Y sobre la Puerta Nueva,  
Por la parte del Adarve,  
Figura en una cartela  
Pintura ya muy ajada  
De la Virgen de la Estrella.  
Por mantener el decoro  
De tan magnífica puerta  
El Prelado, Sancho Antonio  
De Velunza y de Corcuera  
Ordena que un escultor  
Talle una Imagen de piedra  
Que a la Virgen represente.  
Cuando ya la tiene hecha,  
Sin pedir al Consistorio  
La necesaria licencia,  
Ordena que se derribe  
Por resultar muy pequeña  
La hornacina que en el muro  
Sobre la arcada se eleva.  
Enmarcando la pintura  
De la Virgen de la Estrella.

Quiere la casualidad  
Que por esas mismas fechas  
El Conde de la Enjarada  
Quiere derribar la puerta  
Para hacer fácil el paso,  
Que aunque carros y carretas  
No tienen inconvenientes,  
Sí que plantea problemas  
El que coches de caballos  
Pasen a través de ella  
Para llegar a su casa  
Haciendo el giro a la izquierda.  
Y así encarga otro trazado

Al Maestro Churriguera.

No sentó bien al Obispo  
Semejante providencia  
Y que su Virgen quedara  
Sin llegar a ser expuesta  
Por las obras que el Concejo  
Llevar a cabo quisiera  
Satisfaciendo así al Conde  
Sin a él tenerle en cuenta.  
Por ello se inicia un pleito  
De no muy buenas maneras  
Entre Obispo y Consistorio.  
Si sus principios no llegan  
A tildarse de cordiales  
La resolución dispuesta  
Enardece de tal modo  
Al Prelado y su defensa  
Que pena de excomuni6n  
Contra todo el que intervenga  
En la obra que se traen  
Sin pensárselo decreta.  
Regidor, Corregidor,  
El Maestro Churriguera,  
El Conde de la Enjarada  
Y cuantos obreros puedan  
Poner mano en el derribo  
Acusados de anatema  
Son por haberse hecho  
Acreedores a tal pena;  
Pues considera el Obispo  
Que a Dios mismo han hecho ofensa  
Al despreciar a la Virgen  
Que él ha dejado dispuesta.

Ya culminada la obra  
De la dicha Puerta Nueva  
Con el arco en esviaje  
Y de una hechura tan buena,  
Es rematada su altura  
Con otra Virgen de piedra  
Que se labra en Salamanca  
Y que encarga a sus expensas  
El Se1or de Carvajal,

Siendo su peana impresa  
Con su escudo familiar  
Recordando la ocurrencia  
Del propio Don Bernardino,  
Y que así, su descendencia,  
Mantenga vivo el recuerdo  
Para su memoria eterna.

Al cabo el Sr. Obispo  
Ordena se deje puesta  
La Virgen por él mandada  
En el Convento que fuera  
Nombrado de San Francisco  
Para que la gente pueda  
Rendir culto y oración  
Ante una Imagen tan bella.

Con los años, el Concejo,  
Mandó que esta Virgen hecha  
Por el Obispo Velunza  
Fuese trasladada y puesta  
En el común Cementerio  
Donde aún hoy se encuentra,  
En la Capilla que hay  
Justo enfrente de su puerta.

**César García**

**Fuente:**

Tomado de:  
Editado por:  
Textos de:

“Cien personajes cacereños de todos los tiempos”  
Corporación de Medios de Extremadura S. A.  
José Miguel de Mayoralgo y Antonio Bueno Flores